

contra las seducciones del poder temporal y fijarles límites en que pudieran ejercer libremente su independencia episcopal, el papa les decia en una carta dirigida al obispo de Metz, Advencio : « Decís que os sometéis á vuestro príncipe, porque » dice el Apóstol : *Obedeced al rey como estando sobre todos.* » Teneis razon ; pero examinad desde luego si los príncipes » no mandan sino cosas justas ; porque de otro modo es me- » nester tenerlos por tiranos, no por reyes, y se debe resistir » á sus órdenes muy lejos de someterse á ellas y empeñarse » así en la complicidad de sus desórdenes. Estad pues some- » tidos al rey como estando sobre todos por sus virtudes, y » no por sus vicios. Obedecedle por causa de Dios, segun » precepto del Apóstol, mas no contra Dios. » — El concilio de Soissons rehabilitó el honor del episcopado francés, conde- nando unánimemente al escandaloso Lotario, y anuló los actos de connivencia y de fragilidad de los concilios de Aquisgran y Metz.

11. San Nicolás I tuvo que sostener una lucha de muy diferente carácter contra Hincmaro, arzobispo de Reims. Hincmaro, sobrado malquisto contra Rotadio, obispo de Soissons, su sufragáneo, le habia depuesto y encarcelado, so pretexto de que este prelado se habia mostrado muy rigido, poniendo en entredicho á un sacerdote de su diócesis que habia interpuesto apelacion de su sentencia al metropolitano : y Rotadio por su lado apeló á la Santa Sede. El papa, habiendo examinado maduramente el negocio, quedó convencido de la inocencia de Rotadio, y ordenó á Hincmaro que le restableciese en su silla de Soissons en el espacio de un mes, desde el recibo de las letras pontificias. Irritado al extremo contra Rotadio, Hincmaro se valió de un subterfugio indigno de tan grande hombre para eludir la ejecucion del decreto pontifical. Habiendo tenido noticias de su contenido antes de haberlo recibido oficialmente, no quiso leerlo. De este modo se ponía á cubierto, é interpretaba en su favor la cláusula que contenia la orden de rehabilitacion para Rotadio, un mes despues de la lectura de las bulas. Causa lástima hallar este caso de mala fe en la vida

de un prelado tal como Hincmaro ; pero aun los mas grandes no se ven exentos de pequeñeces miserables, y es el gran milagro permanente de la Iglesia el conservarse siempre pura, intacta, á pesar de las humanas flaquezas de sus ministros. San Nicolás, sabiendo el mal proceder del arzobispo de Reims, hubiera podido castigar severamente ; pero en su grande alma la misericordia iba á la par con la justicia. Se contentó pues con escribirle de nuevo una carta, que tomó sus precauciones para que le fuese leida : « En otro tiempo nos habiais pedido » que confirmásemos por autoridad apostólica los privilegios » otorgados por nuestros antecesores á la iglesia de Reims. » ¿Cómo han de poder valer estos privilegios si destruí el » poder que los ha instituido ? » Y á renglon seguido le da á conocer la gravedad de su culpa y los desórdenes que puede causar en la jerarquía, y por fin le insta porque inmediatamente ponga á Rotadio en libertad. Hincmaro no obedeció sino á medias la orden ; pues que dió libertad á Rotadio para enviarlo á Roma y que allí se examinase de nuevo su causa. La carta que con este objeto escribió á Nicolás I sabe demasiado á sutilezas de legista, y no respira el verdadero espíritu de sumision de un obispo al Padre comun de los fieles. « Santísimo Padre y Reverendísimo Señor, os enviamos á Rotadio » con diputados nuestros de que le hacemos ir acompañado, » no en calidad de acusador contra el obispo de Soissons, » sino como acusado Nos mismo, á fin de justificarnos dando á » conocer á Vuestra Santidad nuestros procedimientos é inten- » ciones. Respetamos sobrado á la primera Silla, á la suprema » Silla de la Iglesia de Roma, para molestar á su pontífice con » las causas de menor interés, que los cánones de los concilios » y los decretos de los papas antorizan se terminen por los me- » tropolitanos en concilios provinciales. Sabemos tambien que » si queremos exigir de nuestros inferiores respeto y obe- » diencia, hemos de mostrar los primeros ejemplo de sumi- » sion á nuestros superiores. Si Vuestra Santidad por compa- » sion á Rotadio juzgare á propósito restablecerle, los prelados » que en union con Nos le han depuesto en concilio provin-

» cial, no recibirían como injuria este golpe de autoridad.
 » Reconocen estar sometidos al romano pontífice en virtud
 » del primado de san Pedro. » El papa, después de un exámen serio que duró diez meses, levantó las censuras dadas contra Rotadio por su metropolitano, le restableció en sus funciones episcopales, y quiso que oficiase pontificalmente en una iglesia de Roma. Porque Rotadio, cuya conducta parece haber sido irreprochable en esta contienda, había observado puntualmente la suspensión aun cuando la creyera injusta, y se había abstenido, en todo el intervalo, de ofrecer los divinos misterios. Nicolás I le hizo volver en seguida á su iglesia de Soissons. Al mismo tiempo escribía á Carlos el Calvo rogándole interpusiese su autoridad en favor de Rotadio, y en otra carta á Hincmaro le amenaza con excomunión si continuase á oponerse á la ejecución de la sentencia apostólica. El arzobispo de Reims no insistió mas y se sometió. Su conducta había sido una contradicción manifiesta con los principios que no cesaba de sostener en sus escritos; y no es la primera vez que la pasión extravía el juicio de los hombres mas grandes. En un tratado sobre la indisolubilidad del matrimonio que escribía en esta misma época, Hincmaro se expresa así acerca de la supremacía de la Silla apostólica. « En todas las dudas que tocan á la fe » es necesario consultar á la Iglesia romana, madre y maestra » de las demás, y seguir sus saludables avisos. Y aun están » mas particularmente obligados á ello los que habitan en » Italia, las Galias, España, África, Sicilia é islas adyacentes, » á donde consta que la fe fué llevada por obreros evangélicos » que habían recibido su misión de san Pedro ó de sus sucesores. »

12. Esta fe, de que la Iglesia romana conserva el sagrado depósito, hacia á la sazón nuevas conquistas. Los emperadores de Occidente contribuyeron á la conversión de los Dinamarqueses, Suevos y en general de los pueblos de la Germania: los emperadores de Oriente enviaron á los pueblos eslavos misioneros que los evangelizaron. La conversión de los Eslavos abría una puerta á la religión de Cristo en los Rusos sus

vecinos, y así es que no tardó en penetrar allí la lumbrera de la fe. El emperador Basilio se aprovechó de esta circunstancia para concluir con ellos un tratado de paz, y después de haber dulcificado con presentes su natural fiereza, les hizo aceptar un obispo ordenado por Ignacio, patriarca de Constantinopla. Los milagros que obró el santo obispo ante la muchedumbre, triunfaron de su incredulidad, y el pueblo pidió y recibió el bautismo con ardor y entusiasmo. — Los Búlgaros debieron también al Oriente el beneficio de la fe. En una guerra que tuvieron contra el emperador griego Teófilo, estos Bárbaros habían perdido una gran batalla, y entre sus cautivos se hallaba la hermana de su rey. Fué llevada esta princesa á Constantinopla con los demás prisioneros de guerra, y la retuvieron treinta y ocho años. En este largo intervalo se hizo instruir en la religión cristiana y recibió el bautismo. De regreso á su hermano, la princesa no cesaba de hablarle de la religión cristiana y le exhortaba á abrazarla. Sus discursos conmovieron al rey, y el cielo parecía obrar de concierto para determinarle. Se propagó por la Bulgaria una enfermedad contagiosa; el rey recurrió al Dios de su hermana, y el azote cesó inmediatamente. Después de este prodigio, convencido el rey, pidió y recibió el bautismo. Cuando lo supieron los Búlgaros, se amotinaron y fueron á sitiar su palacio; mas el rey, lleno de confianza en el cielo, salió al frente de un puñado de fieles vasallos, y se disipó toda aquella nube de revoltosos. Perdonólos á todos, y habiendo recibido poco á poco ideas mas justas sobre la religión cristiana, la abrazaron también. Entonces el rey envió embajadores á la Santa Sede pidiéndole misioneros y consultándola sobre muchos puntos de religión y costumbres. El papa Nicolás I vió con enternecimiento á estos nuevos cristianos que venían de tan lejos para recibir instrucciones del sucesor de Pedro. Después de haberlos acogido con paternal amor, respondió á su consulta y los despidió llenos de júbilo, acompañados de dos obispos recomendables por su virtud y sabiduría. En el establecimiento de estas nuevas iglesias, todos los misioneros y sacerdotes se apresuraban á tributar homenaje al

primado de la Iglesia romana. Todos los apóstoles salidos de en medio de los Anglo-Sajones y Francos solicitan directamente de la Santa Sede su mision, y ponen sus rebaños bajo la jurisdiccion inmediata del papa; los misioneros venidos del Oriente se dirigen igualmente á Roma para todas las cuestiones graves que se presentan y se someten á su decision. Parece que la Providencia haya querido que la Iglesia griega misma pronunciase su decadencia y condenacion á la faz del mundo entero algunos años antes de su cisma.

13. Estos felices acontecimientos consolaron los últimos días del pontificado de san Nicolás el Grande, que finó el 13 de noviembre de 867. Era hombre de elevada capacidad y de enérgica resolucion: sus trabajos fueron inmensos, pues que en lo interior tuvo que luchar contra las desgracias de los tiempos para proveer al socorro de los pobres y velar por la seguridad de Roma, y á lo exterior reprimir las tentativas de los cismáticos, justificar la Iglesia de sus calumnias, protestar contra los extravíos de los reyes sin animar á los pueblos á la rebelion. San Nicolás marchó de pié firme al través de tantos escollos. En medio de sus trabajos halló aun tiempo para responder á los que de todas partes le consultaban. Hay de él una coleccion de cien cartas y epístolas ⁽¹⁾ que muestran la extension y acierto de sus talentos. Todo el universo estuvo de luto á su muerte; y solo el crimen sonreia en la sombra, mas muy pronto se desvanecieron las esperanzas de los malvados.

§ II. PONTIFICADO DE ADRIANO II (13 de noviembre de 867-25 de noviembre de 872).

14. La muerte de san Nicolás el Grande habia hecho concebir á Lotario II la culpable esperanza de ver legitimado su adulterio. En una de sus últimas cartas el valeroso pontífice se expresaba así: « Se nos hace saber que Lotario intenta

(1) Las solas que han llegado hasta nosotros. Anastasio el Bibliotecario asegura haber reunido mas de doscientas, y dice que su coleccion no era ni con mucho completa.

» venir á Roma, á pesar de que se lo hemos prohibido tantas
» veces. Disuadidle de su intento, y decidle que herido con el
» anatema de la Iglesia, no puede ser recibido en Roma con
» los honores debidos á su rango y los cuales no tiene que
» esperar sino despues de haber cumplido sus promesas, tantas
» veces quebrantadas. » La situacion de los ánimos era crítica. Le habia sucedido á Nicolás I lo que á todos los hombres que ejercen el poder con energía: hacerse otros tantos enemigos como habia tenido que reprimir en sus desórdenes. Al contrario, eran sus partidarios declarados cuantos habian sido ministros de su justicia ó habian ejercido cargos durante su reinado. Los unos lo esperaban todo de un nuevo papa, los otros temian no fuesen comprometidos los actos y memoria de tan gran pontífice: mas los sucesos no justificaron ni estos temores ni aquellas esperanzas. Un anciano de setenta y seis años, Adriano II, el hombre mas pacífico y agradable á todos, fué conducido en triunfo por el clero, senado y pueblo al palacio de Letran, y consagrado, con consentimiento del emperador Luis II, el 13 de noviembre de 867. Era un cordero sucediendo á un leon; mas, por maravilloso designio de la Providencia, la mansedumbre de Adriano II en nada habia de comprometer la herencia del inflexible Nicolás I. Señalaron el advenimiento del nuevo papá varios actos de clemencia. Teutgodo, arzobispo de Tréveris, y Zacarías de Anagni, el legado prevaricador, fueron relevados de las censuras fulminadas contra ellos y admitidos á la comunion eclesiástica. Los amigos del papa anterior concibieron serias inquietudes. Anastasio el Bibliotecario ⁽¹⁾ escribia á su amigo el arzobispo de Viena: « Os anuncio una triste novedad. ¡ Ah! nuestro gran papa » Nicolás I ha pasado á mejor vida el 13 de noviembre, y nos » deja sumidos en el dolor. Los malvados, que tan enérgica- » mente ha comprimido, trabajan abiertamente en destruir todo » lo grande de su pontificado. Haced saber esto á todos los

(1) Llamado así por estar encargado de los archivos pontificales. En 869 asistió al octavo concilio general, celebrado en Constantinopla, cuyas actas tradujo al latin. Es autor del *Liber pontificalis* y de una Historia eclesiástica.